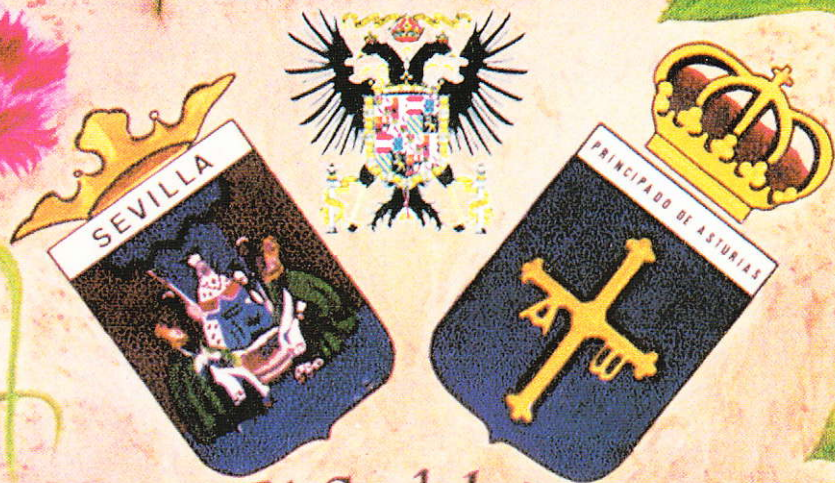
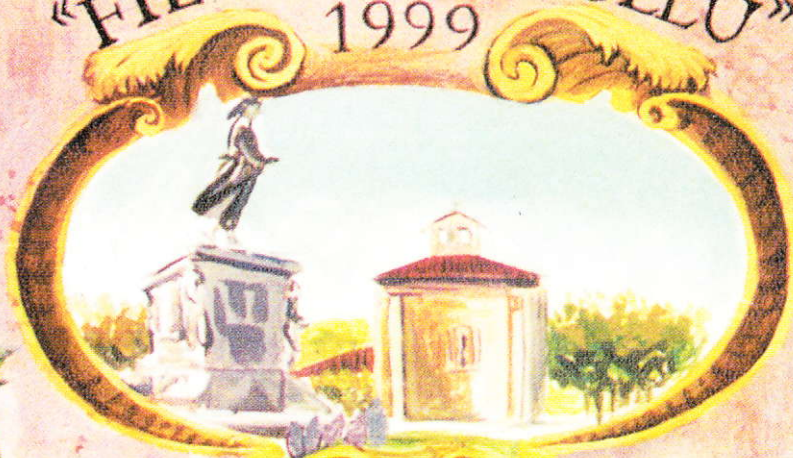


DIA ^{de} ASTURIAS ^{en} SEVILLA

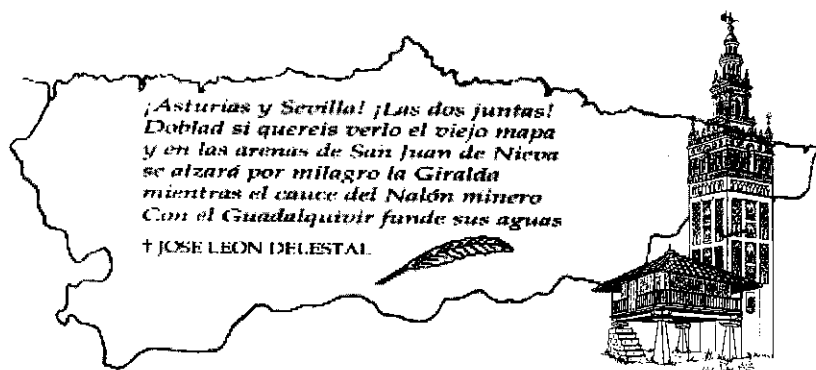


“FIESTAS del BOLLU”
1999



Villaviciosa

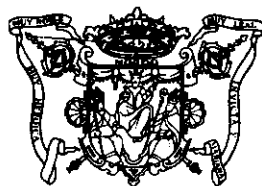
Copel B. B. B.



Asturias en Sevilla

fiesta "El Bollu" 1999

dedicada al Concejo de Villaviciosa



ORGANIZA: CENTRO ASTURIANO EN SEVILLA

PATROCINA: Ilmo. Ayuntamiento de Villaviciosa
Iltre. Ayuntamiento de Gijón
Consejo de Comunidades Asturianas
Caja de Asturias

COLABORAN: Excmo. Ayuntamiento de Sevilla
Area de Participación Ciudadana
Distrito Nervión San Pablo
Cruzcampo
Isla Mágica
Hipercor

El Capitán de Navío Fernando Villaamil

Con ocasión del Centenario del fallecimiento en la Guerra de Cuba del Capitán de navío Fernando Villaamil, el Aula Cultural Astursevillana preparó la edición de un libro monográfico, de todos conocido. La presentación tuvo lugar en nuestra Sede Social el día 13 de noviembre y corrió a cargo de D^a María Luisa Laviana Cuetos, profesora de Historia de América en la Universidad de Sevilla, con una disertación sobre el Centenario de 1898 en España y Cuba, y que transcribimos íntegra a continuación.



EL CENTENARIO DE 1898 EN ESPAÑA Y CUBA

María Luisa Laviana Cuetos
Sevilla, viernes 13 de noviembre
de 1998

A la memoria de Carmina Cuetos Antuña, mi madre, que «con su mezcla de asturiana y trianera, era la rebeldía y la libertad de Asturias y el sentimiento y la poesía de nuestra querida Andalucía».(1)

Es normal, y es justo, que las intervenciones en este tipo de actos vayan precedidas por unas palabras de agradecimiento a los organizadores; es lo que yo suelo hacer siempre y haré hoy, desde luego. Porque agradezco de veras al Centro Asturiano y a su presidente, Joaquín Álvarez Suárez, la amabilidad de la invitación y la generosidad de la presentación, llena de cariño además. Pero en este caso el «preámbulo» de la conferencia se convierte para mí en su «capítulo» más importante, pues junto con la gratitud debo expresar la

emoción que siento al encontrarme aquí, exactamente en el mismo lugar que ocupé el viernes 25 de octubre de 1996, cuando también me senté a la diestra del presidente para presentar al conferenciante de ese día, el escritor cubano Luis Toledo Sande. Recuerdo que en mi presentación de aquel día cité una frase de mi madre («este Luis sí ye el nuestro», referida a quien consideraba «su hijo cubano»), y dije que ella no había podido asistir, como era su deseo, por encontrarse enferma, aunque «nada grave», según creíamos todos entonces. Pero sí era

1 Así la definió su amiga Rafaela Chaparro en un acto público que tuvo lugar en Triana en enero de 1997.

grave y pronto, demasiado pronto, mi madre murió, hace hoy veintitrés meses. A ella le dedico esta intervención.

Y a ustedes debo explicarles que en realidad no voy a presentar la obra tan oportunamente editada por el Centro Asturiano. Esta biografía de *Fernando Villaamil Fernández (2)* yo creo que se presenta por sí sola, y además nos acompañan en la mesa personas sin duda más autorizadas, representantes de la Comandancia de Marina y de la Autoridad Portuaria de Sevilla. Lo que haré será hablar del Centenario del 98 (3), sumándome así a esa especie de «cultura de la efemérides» que vivimos en los últimos tiempos y que, en un verdadero alarde de memoria histórica, nos recuerda continuamente que el calendario está repleto de fechas emblemáticas, multiplicándose en consecuencia los aniversarios, y en particular los centenarios, de sucesos más o menos dignos de conmemorarse. Dentro de esta «cultura», y tratándose de países tan viejos como España, no sería difícil festejar (o deplorar) efemérides centenarias casi todas las semanas. Por ejemplo, este año se está celebrando, y con gran despliegue de medios en todo el país, el cuarto centenario de la muerte de Felipe II, quien falleció el mismo año que nacía el gran pintor Francisco Zurbarán, efemérides que en estos días se está conmemorando en Sevilla con una preciosa exposición, que hace gozar por sí misma y por anunciar la maravilla que los sevillanos (y quienes nos visiten) tendremos ocasión de disfrutar el próximo año, cuando se festeje con otra

magna exposición el 400 aniversario del nacimiento de Velázquez. También en Sevilla se está ahora celebrando el octavo centenario de la muerte de Averroes, y pronto celebraremos el 750 aniversario de la conquista de la ciudad por el rey Fernando III de Castilla; en septiembre el aniversario 1900 de Trajano, que en el año 98 de nuestra era (y ese sí, realmente, el 98) sucedió a Nerva al frente del imperio romano, convirtiéndose en el «primer emperador de provincias».

De manera que efemérides tenemos bastantes, incluido «el 98» famoso, cuyo Primer Centenario nos congrega aquí. Desde luego que en España, y también en otros países pero yo hablaré sobre todo del nuestro, esta no ha sido ni está siendo, no es, una efemérides más: por el contrario, tiene una dimensión especial que da un sentido distinto a su conmemoración. Lo especial, en España, consistiría en que «el 98» sería el equivalente de «el 92», tan festejado, celebrado y conmemorado (y también lamentado y hasta condenado) en este país y particularmente en esta ciudad.

Sin embargo, más que el equivalente, 1898 sería el contrario de 1492, en cuanto que ambas fechas significan, respectivamente, el final y el comienzo del sistema colonial español en América. Desde el punto de vista historiográfico, la analogía o el contraste aumentan si consideramos que, así como los historiadores franceses se definen o posicionan con respecto a la Revolución de 1789, o los historiadores alemanes respecto a la Segunda Guerra Mundial, el hecho clave para delimitar las corrientes historiográficas en el americanismo español sería la posición que se

2 En la que se me hace el honor de citar mi libro *José Martí, la libertad de Cuba* (Madrid, 1988), del que se han tomado algunas ilustraciones.

3 Cf. Mi artículo «Memoria del 98 en España», *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 211, abril-junio de 1998, pp. 65-71; reproducido en húngaro («98 emléke Spanyolországhban») en la Revista AETAS, Szeged, núm. 4/1998, pp. 5-11, traducción y notas de Ádám Anderle.

adopte frente a la Independencia, según unos, o frente al Descubrimiento y Conquista, según otros; y probablemente ambos planteamientos sean el mismo, porque la idea que se tenga sobre la Conquista delimitará la propia idea sobre la Independencia: de nuevo, 92 y 98 se entrelazan.

Uno, 1492, es conocido como el «Año del Descubrimiento» y otro, 1898, es el «Año del Desastre». Y no deja de ser significativo que mientras antes de la celebración del Quinto Centenario de 1492 y durante ella hubo una intensa y extensa polémica encarnada incluso en la misma denominación de la efeméride, este Primer Centenario de 1898 es para todos la conmemoración de una catástrofe: el 98 sigue siendo el «Año del Desastre», como de inmediato fue llamado por sus mismos contemporáneos.

Es verdad que en el imaginario colectivo de los españoles, «el 98» (además de dar nombre a una generación de escritores e intelectuales cuya transcendencia va más allá de lo estrictamente literario) aún invoca una multitud de visiones contradictorias, casi todas ellas relacionadas con la imagen pesimista, quejumbrosa, reivindicativa, del *desastre*, la gran tragedia nacional y sus consecuencias para la vida española. En definitiva, una pesadilla que incluso se prolongaría en el tiempo, culminando en el enfrentamiento entre las «dos Españas» en la Guerra Civil de 1936, que sí fue un (el) verdadero desastre para España. La relación entre el 98 y el 36 es bien conocida, y fue gráficamente establecida por el general Franco, autor o coautor del guión de la película *Raza*, en la que la victoria de los «nacionales» en la Guerra Civil se plantea como el «desquite por el 98»: interpretación que alude a la conciencia de ingratitud y abandono formada en el seno del Ejército

español, el cual se autoconsidera víctima inmediata del «desastre», y sacrificado por la ineptitud de los políticos. Y, desde luego, el reforzamiento del autoritarismo dentro del Ejército a raíz de 1898 es paralelo al sentimiento popular antimilitar, fenómeno que se manifiesta muy pronto, reflejándose incluso en el propio Senado español, donde el 6 de septiembre de 1898 Adolfo Suárez de Figueroa critica duramente al generalato, asegurando recoger «el sentir de la gente de la calle», lo que al otro día es airadamente respondido por el general Weyler, quien asegura que eran «los políticos» los verdaderos culpables de la derrota. En torno a este tema se desencadena entonces un crispado debate, y hasta escándalo, dentro y fuera del hemiciclo. (4)

Pero si el 36 fue el verdadero (el mayor) desastre de la historia contemporánea española, lo que sigue considerándose «desastre» por antonomasia es el 98, estereotipo con que se denomina el final de la presencia de España en América y en Asia. Es evidente, sin embargo, que desde una perspectiva actual no cabe definir como «desastre» la mera pérdida de las colonias: en todo caso, el desastre fue la frustración de la independencia por la que esos pueblos luchaban, desastre fue la pérdida de vidas humanas, los miles de muertos filipinos, cubanos y españoles (entre estos últimos hubo algunos oficiales, como nuestro don Fernando Villaamil, pero saben que la mayoría de las víctimas fueron hombres humildes que no pudieron comprar su exclusión del servicio militar en Ultramar por no disponer de las mil quinientas o dos mil pesetas que eso costaba); desastre fue la misma guerra entre españoles y cubanos y entre españoles y filipinos, una guerra que pudo ser evitada pero que la propia España hizo «inevitable» con el desastre de su

4 Cit. Por J.R. Milán García y otros, "Percepción y memoria del desastre del 98", *Historia Abierta*, Madrid, núm. 21, octubre de 1997, p. 17.

política colonial en el siglo XIX.

De todas formas, aun desde un punto de vista exclusivamente español, y más allá de las vidas perdidas, más allá del hundimiento de la flota y de la derrota militar, hay otros muchos aspectos de gran influencia en el devenir histórico de España, y no tan negativos o «desastrosos», que hasta fechas muy recientes han estado más olvidados o escasamente valorados en el debate historiográfico. Por ejemplo, el 98 tiene lugar en el marco genérico de la «Restauración», que fue también un intento serio de dotar a España de un sistema parlamentario europeo, y que si bien incluía en su seno el «caciquismo», también hizo surgir el «regeneracionismo», cuyos primeros síntomas habían comenzado ya a advertirse en la Ilustración, cuando algunos españoles (Feijoo, Jovellanos, Cadalso...) toman conciencia de la decadencia, el atraso y la soledad de España e intentan «acercarla a Europa», a la modernidad.

Los regeneracionistas y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza establecen el puente con esos ilustrados y dan el impulso renovador a la sociedad española, en cuyo seno, simultáneamente, el movimiento obrero se está articulando sobre las dos grandes corrientes que llegarán hasta la Guerra Civil: anarquistas y socialistas. En síntesis, el «desastre» del 98 coincide con el nacimiento del primer proyecto riguroso de modernización española, un proyecto que tiene en Europa el referente: Europa como «solución» al «problema» que es España; Europa como «metáfora de la modernidad» que aún hoy, cien años después, sigue vigente. (5)

Por otro lado, a partir de 1898 se afianzan en España los proyectos nacionalistas periféricos (y, con ellos, el propio

nacionalismo español) y se promueven los primeros atisbos de descentralización, que en realidad no culminarán hasta 1978, con la Constitución y el Estado de las Autonomías, resultando en definitiva que también desde el punto de vista político en España la desolación del 98 no es sino una crisis de modernización.

De manera que estamos conmemorando el centenario de una fecha mítica y mitificada, en torno a la cual en los últimos años se están dando profundas modificaciones y renovación historiográficas, lejos del *noventayochismo*, es decir, lejos del discurso catastrofista acuñado tanto por intelectuales críticos que utilizaron la derrota frente a los Estados Unidos para denunciar las lacras del régimen, como por políticos aterrorizados ante la posible marea revolucionaria o ante el revanchismo de los militares derrotados. Un discurso catastrofista que, paradójicamente y pese a su fuerza e intensidad, lo cierto es que duró poco, y sobre el «desastre» se extendió pronto el olvido de los mismos que habían hecho de la derrota una especie de castigo general: a juzgar por las deliberaciones del Parlamento o las actuaciones del Gobierno español a comienzos del siglo XX, parecía que el 98 había ocurrido muchas décadas atrás, parecía como si una vez superado el temor inicial a la caída del régimen, hubiera un interés casi general en alejarse del reciente fracaso colonial. (6)

Tal vez por eso no se hacen entonces análisis rigurosos para evaluar los verdaderos alcances y significado de la crisis, y cuando tales análisis se acometen, cuando la reflexión histórica sustituye a la visión emocional o sentimental de la España de fines del XIX, el 98 tópico comienza a resquebrajarse, el drama va adquiriendo

5 José Álvarez Junco, "La nación en duda", en *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, coord. Por Juan Pan-Montojo, Madrid, 1998, p. 463.

6 "98 y Noventayochismo", editorial del Boletín *Historia abierta*, Madrid, núm. 21, octubre de 1977, p.13.

perfiles menos traumáticos. Así, la historia militar muestra que la guerra con los Estados Unidos se planteó como un «mal menor», un enfrentamiento reducido al mínimo que permitiera liquidar «con honor» la crisis colonial. Hoy sabemos que el Gobierno español optó por una guerra que sabía perdida porque temía —parece que infundadamente— que las alternativas posibles —esto es, la claudicación ante los insurgentes cubanos o la entrega pacífica de Cuba a los Estados Unidos— provocarían un nuevo pronunciamiento militar, o el derrocamiento de la monarquía.

Por otro lado, a pesar de la insistencia en dar una explicación económica a la derrota, y pese al empeño en magnificar el impacto negativo de la pérdida de aquellas tierras sobre la economía española, hoy sabemos que tal impacto no fue ni tan grande ni muy duradero. Los historiadores económicos coinciden ahora en señalar que la relevancia del «desastre» del 98 había sido exagerada por la historiografía: su repercusión comercial, siendo muy importante (sobre todo en algunas zonas, como Cataluña), no fue decisiva, porque no lo eran entonces los intercambios que España (salvo Cataluña) realizaba con sus últimas colonias americanas, cuya separación política provocó una repatriación de capitales (calculada en unos mil millones de pesetas) que resultó beneficiosa para la economía de la metrópoli. Eso compensó holgadamente la pérdida de mercados protegidos y la terrible deuda de la guerra. En definitiva, no se inauguró en España un tiempo de depresión a raíz del 98, que no provocó una crisis económica aunque sí de legitimidad del Estado, crisis de limitado alcance también.⁽⁷⁾

Parece que asimismo la historia de la literatura y la del pensamiento cuestionan

seriamente el «noventayochismo» de los grandes creadores de aquel tiempo, y se revisa su papel como intelectuales con capacidad e interés para concretar alternativas políticas a la España de entonces. Y, desde luego, se sabe que estos escritores e intelectuales no se muestran «dolidos» por la pérdida de las colonias. Quizá el mejor símbolo de esto sea el comentario de Unamuno ante el reclutamiento de soldados para la guerra de Cuba: «¿Con qué derecho me llevan ustedes contra mi voluntad a la guerra? ¿Que se pierda Cuba? ¿Pues que se pierda!». La crisis colonial no era más que un telón de fondo para los debates españoles, que, por otro lado, venían ya de antes, por lo menos de una década atrás, porque «los del 98» se «dolían» de lo mismo que los anteriores (Larra, Galdós, Clarín), es decir, se «dolían» del caciquismo, de la corrupción, del fracaso del proyecto liberal.

Además, la reiteración obsesiva de la palabra *desastre* en el discurso noventayochista es un hecho que tal vez esté indicando un fenómeno de percepción sobredimensionada de acontecimientos —en especial la derrota frente a los Estados Unidos— que se viven como una desgracia colectiva, y que en realidad no presentaron mucho más que otras crisis internacionales que por las mismas fechas padecieron países como Portugal, Italia, Francia. Hace casi veinte años que el profesor Jover Zamora nos enseñó que hay toda una larga nómina de noventa y ochos europeos y que ella demuestra que la crisis internacional de España no fue una excepción (8). Y, además, después del 98 España siguió teniendo colonias en el Golfo de Guinea, participó en las sucesivas conferencias internacionales para el reparto de África, «adquirió» y conservó durante décadas el Sahara Occidental.

7 Juan Pan-Montojo. "El atraso económico y la regeneración", en *Más se perdió en Cuba*, pp. 261-344.

8 José M. Jover Zamora. *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*. Madrid, 1979.

En definitiva, el 98 español forma parte de un proceso de redistribución colonial, o sea, de transferencia de territorios de las viejas potencias coloniales a los Estados que aspiraban a la expansión ultramarina. Y en ese proceso lo que España perdió fueron los restos (aproximadamente el dos por ciento) de lo que había sido su imperio en América, imperio que había perdido en 1824 sin que, por cierto, se desencadenara entonces ningún «trauma» en la sociedad española, ni siquiera en las clases dirigentes, que, por lo demás, fueron las únicas que acusaron el impacto del «trauma de 1898», fenómeno que tuvo muy limitado alcance más allá de las clases urbanas medias o educadas.

Y ¿qué alcance tendrá ahora la conmemoración de todo ese «desastre»? También aquí cabe hacer un paralelismo con la conmemoración de 1492, cuyo resultado principal desde el punto de vista científico fue el debate historiográfico, que si bien no puede calificarse como renovador, propició la publicación de numerosas obras que constituyen la mejor herencia de aquel Quinto Centenario. Este Primer Centenario hace tiempo que viene siendo conmemorado con multitud de actos, seminarios, encuentros, debates, que se han multiplicado a lo largo de este año, en el que además se han realizado grandes exposiciones (por ejemplo: *1898, España fin de siglo*, o *El sueño de Ultramar*), numerosos documentales y hasta series de televisión. Sin embargo, y pese a todo este despliegue, seguramente el mejor y más duradero legado de tantas actividades serán, en el 98 como en el 92, los libros. En tal sentido, en los años recientes se han multiplicado las publicaciones sobre la crisis colonial, predominando las obras centradas en los efec-

tos e implicaciones de la crisis en la propia España, lo cual es hasta cierto punto lógico, aunque no faltan las obras con la perspectiva del otro lado. (9)

No obstante, más que la perspectiva española manifestada en el relativo olvido o postergación de la dimensión americana (o filipina), preocupa la perspectiva «españolista» que sigue dándose en determinados sectores o ámbitos, seguramente minoritarios, pero significativos. Tales planteamientos, a menudo unidos a la repetición de la tesis según la cual los Estados Unidos son los verdaderos responsables o culpables de la «catástrofe» española, pues los cubanos hubieran sido incapaces de ganar la guerra, no dejan de recordar el agresivo nacionalismo o entusiasmo patriótico desatado a raíz de la intervención de aquella potencia en la guerra hispano-cubana. En 1898 la prensa y los discursos políticos ensalzaban la bravura y la generosidad del «león español» y despreciaban la cobardía y avaricia del «cerdo yanqui», imágenes que gozaban de gran popularidad: a modo de ejemplo, recordemos que en el carnaval de Madrid, en febrero de 1898, el primer premio fue para un cerdo vestido de yanqui. Hay, desde luego, abundantes referencias al león y al cerdo en la prensa española del fin de siglo, que cumplió sin duda un importante papel en la exacerbación de nacionalismo. Pese a ello, lo cierto es que se ha magnificado una influencia periodística que necesariamente se movía dentro de estrechos límites, tratándose de un país mayoritariamente analfabeto, en el que la difusión de periódicos era aún muy escasa.

Y si todavía hay un sector de la historiografía española que se alza en defensa de la España del momento y ensalza

9 Por ejemplo: *La Nación soñada. Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. Madrid, 1996.; *Cuba entre dos revoluciones. Un siglo de historia y cultura cubanas*, Sevilla, 1998; y *España y las Antillas: el 98 y más*. Sevilla, en prensa (1999).

únicamente a los gloriosos marinos y soldados españoles, y el heroísmo y orgullo patrios, etc. (y no suele tener en cuenta a los españoles, heroicos también, que lucharon en las filas mambisas), también sigue habiendo en la España actual referencias a los «separatistas» de Cuba, a las expediciones «filibusteras» (calificativo despectivo que daban las autoridades españolas del siglo pasado a las acciones de los insurgentes cubanos). Asimismo, no es raro oír a los historiadores preguntarse por qué se independizó Cuba,⁽¹⁰⁾ pregunta que suele enlazar con otras de este corte: ¿estaba Cuba en condiciones de lograr la independencia, y ser independiente? Considerando el importante nivel de desarrollo socio-económico y cultural de Cuba en el siglo XIX, superior en muchos aspectos al de España, parece evidente que sí estaba en condiciones de luchar por su independencia y de lograrla; de ahí que la verdadera pregunta no sea por qué se independizó Cuba sino por qué no lo hizo antes, tema sobradamente estudiado y al que no es ajena la propia revitalización del colonialismo español.

Para ir finalizando haré unos breves comentarios terminológicos, nada anecdóticos por lo demás, pues nunca la palabra es «inocente». En todas partes se insiste en definir el año 1898 como el de la «pérdida de las colonias», o el «año en que España perdió su Imperio», expresiones que de hecho reflejan sólo el punto de vista español. Pero desde una perspectiva más amplia (cubana, puertorriqueña y filipina, por ejemplo), ¿qué pérdida puede ser esa? España perdió «sus» colonias, sí, pero éstas no «se perdieron», aunque, lamentablemen-

te, tampoco en ese año 1898 «se ganaron» la independencia a que tenían derecho y por la que habían luchado. Por eso, y porque sería inexacto decir que estamos conmemorando el «centenario de la independencia de Cuba, Puerto Rico y Filipinas» —denominación que es frecuente encontrar incluso en convocatorias de congresos de historiadores—, es preferible considerar el 98 como el año que marca «el fin del colonialismo español en América y Asia», algo que en mi opinión sí es digno de conmemorarse y también de celebrarse, porque significa un avance en el proceso de liberación de las antiguas colonias, porque significa un retroceso en la política colonialista española y porque marca el inicio de una nueva relación entre España y las tierras que habían sido sus posesiones.

En lo que se refiere a Cuba, la «perla de la Corona», aunque la derrota del colonialismo español no significó la independencia sino la manzana envenenada del imperialismo norteamericano, lo que merece conmemoración es la ruptura de los lazos políticos coloniales entre España y Cuba, lo cual no significó ruptura entre cubanos y españoles: por el contrario, a partir de 1898 tantos españoles (gallegos y asturianos sobre todo) emigraron a Cuba en busca de trabajo, que ha podido decirse que comenzó entonces «la mayor hispanización» de ese país,⁽¹¹⁾ provocando que dejara de ser cierto lo que seguramente sí lo era años antes: «No hay entre ellos [cubanos y españoles] aspiraciones comunes, ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan.»⁽¹²⁾

10 Y la respuesta, que a mi me parece obvia, casi no valdría la pena citarla salvo porque permite recordar a Martí, que la dio hace veinticinco años: "Cuba, por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia" (*La República española ante la Revolución cubana*, Madrid, 1873, en *Obras Completas*, La Habana, t.1, p. 94).

11 Cf. Jordi Maluquer de Motes, *Nación e inmigración. Los españoles en Cuba, siglos XIX y XX*, Barcelona, 1992; y Christopher Schmidt-Nowara, "Imperio y crisis colonial", en *Más se perdió en Cuba*, pp. 31-89.

12 José Martí, *La República española ante la Revolución cubana*, 4. p. 94.

Por todo eso, no hagamos otro 98 triste: hagámoslo diferente de aquel. No lloremos: por el contrario, celebremos en buena hora el fin del dominio colonial español sobre estas tierras; lamentemos, eso sí, el inicio del dominio neocolonial de los Estados Unidos en ellas y en las otras de Nuestra América, porque ése y no otro fue el verdadero desastre del 98, el desastre cuyos efectos todavía permanecen.

Porque es cierto que al decir «Y Cuba debe ser libre. De España y de los Estados Unidos»,⁽¹³⁾ Martí estaba no sólo sintetizando su programa de acción política concreta, sino indicando cuáles eran los dos obstáculos que, desde el exterior de la Isla, se oponían a fines del XIX al establecimiento en ella de una *república libre y digna*, la república moral que garantizara la felicidad y la prosperidad de sus ciudadanos. Tres años (en realidad treinta, o muchos más) costó eliminar uno de esos obstáculos. El otro aún sigue actuando en forma de bloqueo o embargo comercial, pese a la condena internacional, incluida la del Papa Juan Pablo II, cuya intermediación en este sentido no parece que sea más eficaz que la que hace cien años el entonces titular de la Santa Sede, León XIII, intentó entre España y los Estados Unidos.

1998, el año en el que además del famoso «desastre» se conmemoran tantas efemérides (citaré ahora sólo una: el cincuentenario de la *Declaración universal de los derechos humanos*, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, y que en esta misma semana se está conmemorando en la Universidad de Sevilla), debiera ser el año

del fin de esa vulneración del derecho internacional (o «de gentes», diría el padre Francisco de Vitoria) que es el bloqueo de los Estados Unidos a Cuba. En este «otro 98» los españoles haríamos bien en no desaprovechar ninguna ocasión para reivindicar eso, y dejarnos ya de jeremiadas y de lamentos que, desde luego, no son —ni lo fueron hace cien años— por la «pérdida de las colonias» o «del Imperio», sino por la tremenda derrota y la humillación sufridas a manos de los Estados Unidos.

Por mi parte, y ya que empecé aludiendo a 1492, voy a terminar citando a Colón, la figura insignia del primer grupo de europeos que consta que llegaron a Cuba. La llegada fue el domingo 28 de octubre de 1492, y en la anotación de ese día en su diario se lee cinco veces la palabra *hermosa* referida a Cuba: «es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto». El día siguiente *hermosa* aparece seis veces, y el Almirante asegura que aquella isla «es muy grande y tan hermosa que no se hartaba de decir bien de ella». Yo tampoco me hartó, no me canso de hablar bien de Cuba, o, para decirlo con las hermosas palabras de Martí: *no me canso de defender ni de amar*⁽¹⁴⁾ a ese país. Ni tampoco a España, desde luego, por lo mismo que Rubén Darío, que fue cronista de la guerra de Cuba y de la derrota, escribió en 1899, en plena resaca del «desastre», esta optimista declaración de fe, o de amor, a España:

*Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial aliente un ensueño,
mientras baya una viva poesía, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible bazaña,
una América oculta que ballar, vivirá España.*

13 José Martí, *Cuadernos de apuntes, Obras Completas*, t. 21, p. 380.

14 "No se canso de defender, ni de amar. No se canso de amar", escribe Martí a Rafael Serra en carta del 30 de enero de 1895, *Obras Completas*, t. 20, p. 473.